

Idea 23.

Anoche y hoy ha sido objeto de toda clase de comentarios la medida tomada por el ministro de la Gobernación mandando cerrar los tres círculos alfonsinos que había en esta capital. La orden dirigida a los círculos conservador y popular es bastante seca. La que se envió al liberal es mucho más atenta lo cual demuestra que los constitucionales han querido tener alguna conservación con sus antiguos correligionarios.

Declase hoy que de esta medida solamente contra un partido no había tenido conocimiento el Sr. Sagasta, pero aunque no haya asistido el ministro de Estado a los últimos consejos de ministros no era fácil que se tomara una medida de esta importancia sin contar con él.

También se ha interpretado esta medida como deseo en el gobierno de que no hubiera manifestaciones alfonsinas en el día de hoy, pero esto no era de temer porque los presidentes de los círculos estaban ya de acuerdo para que no las hubiera y se habían dado al efecto las órdenes oportunas.

Se ha dicho que el gobierno erra los círculos porque se recibían noticias de provincias de que el partido alfonsino estaba conspirando y se creía que la iniciativa partía de dichos círculos, lo cual seguramente no es cierto porque lo que en ellos se habla lo sabe todo el mundo como si se hablara en medio de la calle.

También han corrido rumores evidentemente falsos sobre pronunciamientos militares en distintas provincias en favor de D. Alfonso.

Lo cierto es que en Madrid la propaganda alfonsina es muy activa y que se intentaba formar un círculo popular en cada barrio para lo cual tenía ya los trabajos hechos. Esto debe haber sentado mal al gobierno y de aquí la orden para cerrar los círculos, orden que no ha producido buen efecto porque después de las medidas relativas a la imprenta de nuestra que entramos en un período de tirantez como los que preceden, por regla general en nuestra patria, a los de grandes trastornos políticos.

Hoy seguramente los rumores de crisis ministerial no porque hubiese fundamento inmediato para esto sino porque ya es costumbre hablar de crisis todos los días por el convencimiento que tienen todos los hombres políticos de que constitucionales y radicales no pueden vivir juntos.

Lo extraño de los rumores de hoy es que al decir de los bien enterados el duque de la Torre habiendo perdido la esperanza de atraerse a los republicanos de orden entre los radicales y constitucionales prefirió formar un ministerio homogéneo de estos últimos que con sus verdaderos correligionarios y acaso haya influido en esta determinación el recuerdo de la conducta que con algunos institutos del ejército siguió el último ministerio radical conducta que algunos generales y jefes no habrán olvidado.

Anoche se supo que los carlistas se habían apoderado de Portugalete rindiéndose la guarnición corta en número que por espacio de muchos días ha estado defendiendo aquel punto y que debía tener agotados ya todos sus recursos. El gobierno dice que este desgraciado suceso no influirá en la defensa de Bilbao y que se han tomado energías disposiciones para socorrer a aquella plaza. Realmente interceptada la vía en Bilbao no podía recibir ningún socorro por mar aunque los carlistas no se hubiesen apoderado de Portugalete.

El no publicar hoy noticias de la guerra la «Gaceta» ha sido por descuido de un portero de Gobernación que hoy mismo ha quedado cosante.

El gobierno renuncia a cobrar el impuesto sobre puertas y ventanas decretado por el Sr. Pedregal.

Los alfonsinos han celebrado el santo de hoy con un almuerzo en la Fonda Española de más de cien cubiertos y esta noche dá el duque de Sexto una comida a los personajes más importantes de este partido.

Ya están hechos los nombramientos de los once visitadores de Hacienda cuyas plazas acaban de crearse. Recae principalmente en antiguos funcionarios de este ministerio.

L. N.

Para que nuestros lectores puedan formar una idea de todo lo escrito por «Roque Bárcia» después del levantamiento cantonal, publicamos el manifiesto que días antes de dar a luz sus anteriores cartas dirigía a la nación.

Dice así:

MANIFIESTO A LA NACION.

He nacido para decir verdades y no puedo ser patrocinador de mentiras.

Este manifiesto no es una confesión arrancada al espanto, sino un grito de mi conciencia, conciencia no turbada, pero angustiada profundamente.

Soy un cobarde que tiene el deber de dar lecciones a los más valerosos.

Si yo fuera capaz de estremecerme ante un peligro, no diría lo que voy a decir. Y tengo que decirlo a todo trance, porque cuando hice público que era federal, no renuncié al derecho de merecer la estimación de todas las personas honradas.

Ignoro si merezco la inmensa gloria de los mártires; pero he jurado no ser víctima de ajenos errores.

¡Basta de torturas! ¡Basta de violencias!

Debo a España una satisfacción cumplida; tan cumplida y solemne como ha sido terrible la prueba.

Un partido se ha levantado bajo la fé de mi palabra, y yo debo dirigirle mi voz en estos supremos instantes.

No se aclara aquí una cuestión política, sino un punto de dignidad, y yo doy permiso para que me quemén, no para que me infamen.

Muramos todos, si tal es nuestra estrella; pero sálvese al menos el prestigio de la revolución, sálvese siquiera la historia.

I.

Hace mucho tiempo, muchos años, que vengo oponiéndome a las insurrecciones populares, porque conceptuaba que todo hecho de fuerza había de ser una derrota para el pueblo.

Esta conducta me ha valido mil censuras amargas por parte de los hombres llamados de acción, aunque la esperanza dócil siempre a la sábia moral del tiempo, ha confirmado exactamente todos mis vaticinios.

Mi repugnancia a los levantamientos de la muchedumbre tiene su explicación; y esta explicación es el resumen de la historia de la humanidad, esencia de todas las edades, espíritu de todas las generaciones.

En los sistemas teocráticos hay el prestigio de las tradiciones teológicas.

En los sistemas del realismo hay el prestigio de la herencia.

En los sistemas de la conquistas hay el prestigio del guerrero.

En las aristocracias feudales hay el prestigio del señor.

En los partidos medios hay el prestigio de la instrucción y de la riqueza.

En las democracias no cabe otro prestigio que el de la razón, el de los sentimientos, el de las costumbres.

El democrata no puede alegar otros títulos que la educación y la virtud, el talento y la probidad, el amor y la fé.

Y yo opinaba que no hay en nosotros bastante fé y amor, bastante probidad y talento, para reformar una sociedad casi deshecha que vale casi tanto como dar ser a un nuevo mundo.

Esto era lo que yo opinaba, lo que yo creía, lo que siempre opiné, lo que siempre creí, lo que creo y opino hoy; pero vino la abdicación del antiguo duque de Aosta; vino con ella la proclamación obligada de la República; vino el voto inconsciente de la Asamblea, declarando que la República federal era nuestra forma de gobierno; me alentaron Andalucía, Cataluña, Aragón, Valencia, Murcia y, adulado por las circunstancias, por las provincias y por mi deseo, que es la

lisonja más temible, fundé un periódico, cuyo éxito no ha tenido ejemplo en España, con el único fin de ensayar la federación.

La invencible ciudad de Cartagena fué la elegida para servir de baluarte de la República cantonal.

En efecto, se levantaron casi unánimemente, como tocadas por una ehispa eléctrica, Murcia, Cartagena, Sevilla, Cádiz, Málaga, Granada, Salamanca, Valencia, Castellón.

¿Quién podrá dudar de un movimiento tan vigoroso? ¿Pueden todavía temer que el federalismo no fuese un hecho?

¡Ah! En el desarrollo del movimiento obró la sávia de la idea, esa sangre del alma, porque la idea existía; pero faltaba la suficiencia para dirigir y crear, porque no había hombres.

Baja el Vigilante la bandera de nuestro país y levanta una bandera roja. Las ordenanzas marítimas dicen que «buque que arría un pabellón é iza otro, es buque pirata», y esto explica que la fragata Federico Carlos apresase nuestro vapor.

El prusiano hizo lo que debió hacer, ateniéndose a la ley escrita: el vapor Vigilante fué buena presa dentro del derecho positivo.

Dos buques cantonales bombardean después a mi amada ciudad de Almería; bombardean una plaza abierta, una ciudad franca, infringiendo el tratado de París, celebrado en 1856, firmado por Francia, Inglaterra, Alemania, Italia y Portugal.

Esto explica que dos buques de esas naciones apresasen nuestras fragatas Almansa y Vitoria en nombre del derecho internacional, también en nombre de un derecho anterior que se llama el sagrado derecho de gentes.

Los cantonales estábamos fuera de la humanidad; es decir, estábamos fuera de la gran civilización.

Lo diré más gráficamente, porque es necesario que España me entienda: los canoales éramos unos bárbaros que pretendían difundir la cultura; ó unos hombres cultos que intentaban fundar una barbarie.

Cuando me enteré de que Almería había sido bombardeada, se me heló la sangre, y concebí la idea de marcharme a Oran, porque ví claramente lo que venía, lo que en efecto vino, porque tenía que venir.

El bombardeo de Almería, como el de Alicante, fué la sepultura de la República federal: la federación está enterrada bajo los escombros que hicieron caer nuestros proyectiles.

Cuando advertí luego que llovían sobre Cartagena cien mil granadas, dije para mí en medio de aquel ruido formidable: «Almería nos saluda».

La democracia se convirtió en absolutismo, y tuvo que morir la democracia, como si el despotismo se hiciera democrata, moriría el despotismo.

Si el salvaje se convierte en hombre, acaba el salvaje. Si el hombre se convierte en salvaje, acaba el hombre.

Republicanos federales de toda España, oídme: tenemos la idea pero nos falta el hecho; tenemos el espíritu; pero nos falta la materia; tenemos el ángel; pero nos falta quien lo lleve.

Yo pregunto a todos los intransigentes de sana intención: ¿tiene nuestro partido autoridad, poder y ciencia para llevar a cabo la reforma del viejo Estado, de la vieja Iglesia, de la vieja curia y del viejo noble?

¿Tiene autoridad, poder y ciencia para gobernar a una nación de diez y siete millones de almas, único pueblo de la tierra en que el absolutismo está librando una batalla que durará meses, que durará años, que Dios sabe lo que durará?

Yo, intransigente, digo que no; yo, intransigente, niego en absoluto; yo, intransigente, confieso mi impotencia; yo, intransigente, reconozco nuestra nulidad.

¿Por qué ha sucumbido el invencible pueblo de Cartagena? Por nuestra ineptitud.

¿Por qué sucumbió Cádiz? Por nuestra ineptitud.

¿Por qué sucumbió Málaga? Por nuestra ineptitud.

¿Por qué sucumbió también Valencia? Por nuestra ineptitud.

Y es que nos hemos empeñado en levantar un palacio de piedra con una baraja de naipes: es que nos hemos empeñado en que la República, nacida ayer, tiene que ser una mujer formada, una

madre hacendosa, con el necesario caudal de experiencia para gobernar su casa y sus hijos.

Mientras que discurramos de esta modo seremos víctimas de una inocencia, porque inocencia es la ilusión.

La niña llegará a ser doncella; esta doncella llegará a ser mujer; esta mujer llegará a ser esposa; esta esposa llegará a ser madre; y cuando sea madre tendrá el bastante amor, la bastante fé, el bastante cui tado, el bastante talento para gobernar a su familia.

Pero no busquemos imposibles: mientras que no salga de la niñez, la futura madre será una niña, y una niña no puede hacer más que jugar con muñecas.

Planteemos de frente la cuestión, porque estos cuatro no admiten medias tintas: hay una masa trabajadora, llena de vigor, esperanza del mundo, manifiestamente perenne de honradez y de génio; hay un pueblo sufrido, leal, fervoroso, valiente, magnánimo; pero al lado de ese pueblo virgen, le ese pueblo heróico bufé mucho perdido, mucho mercader, mucho taur, mucho truan, mucho baratero.

Y no hay que darle vueltas, pueblo generoso; con barateros, con mercaderes, con truanes y con taurines, no cabe en lo posible gobernar a las sociedades humanas.

¿Quiéres saber por qué? Voy a decirte lo.

Para que un sistema pueda establecerse, y crear sus formas, es indispensable que represente los intereses más poderosos de un siglo y de un pueblo.

Y ¿qué intereses pueden representar ciertas levaduras? ¿Qué pueblo ó qué siglo han de dirigir?

Procediendo de la manera que se ha procedido (yo no lo debo callar) se desgarrará a un país, no se hace una revolución.

No quiero decir que he sido engañado, porque nada más lejos de mi propósito que agravar la suerte de nadie; pero si no puedo decir que he sido engañado tristemente, tengo que exclamar con mi espíritu en este grande y glorioso pueblo! ¡Cuántas y cuántas veces he estado enfermo de dolor! ¡Cuántas veces he querido hablar! ¡Cuántas veces tuve que enmudecer, sin dejar de gemir! ¡Cuán enemigo he sido de mí propio!

¡Sacrificio tremendo; pero será el último!

¡Sacrificio enorme; pero no se repetirá!

Rompo las trabas que me ligan y doy rienda a mi congoja.

II.

Nadie desconoce que el hombre vive como el océano: agitando.

Todo el mundo sabe que no se forman las grandes naciones sin grandes mudanzas, como no puede haber grandes obligaciones sin grandes sacrificios.

No sin cataclismos cayó la barbarie feudal.

No sin cataclismos cayó la teocracia.

No sin cataclismos vino al suelo la monarquía absoluta.

No sin cataclismos expulsamos la monarquía mixta.

No sin cataclismos vendrá en su día la federación democrática.

Este fetó se convertirá en criatura; estas moléculas formarán la mole; de esta crisálida saldrá la mariposa cuando llegue la hora divina de la creación; pero digo y sostengo que hoy por hoy, la España cantonal ha tenido hombre, ni representa los necesarios intereses para fundar un orden de cosas posibles, una situación aceptable.

Y ya que la federación no tiene medios (yo lo he visto) para dirigir los negocios públicos, declaro y juro no levantarme contra ningún Gobierno constituido; no siento el Gobierno de la Inquisición.

Aunque me indultasen, no aceptaría el indulto; me iré al extranjero inmediatamente que convalezca y pueda evadirme, si la vida me alcanza; lo exige mi honor; pero los escombros de Cartagena me han enseñado una verdad, y yo debo decirlo al pueblo, ya que es sagrado toda idea escrita con sangre sobre las ruinas de un pueblo querido.

¡Si, republicanos federales! Cuando un partido se nulo para gobernar, comete un atentado levantándose contra quien gobierna.

III.

«El pacto de Tortosa» que declaró cerrado el período de la propaganda, no supo lo que hizo.